

Confucio llega a Valencia por la Ruta de la Seda

Hace muchos, muchos años, en el muy lejano y antiguo país de la China, vivía el gran maestro **Confucio**, que enseñaba a la gente a vivir de forma pacífica y ordenada. Tenía más de 3.000 discípulos y el más destacado de ellos se llamaba Ming Li. Era un muchacho inteligente, aventurero y muy bondadoso. Un día, Ming Li le dijo a **Confucio**:

- *Maestro, he oído que en el lejano Occidente también hay personas que quieren aprender de usted. ¿Por qué no les hacemos una visita?*

Confucio contestó:

- *Buena idea, hijo mío, ¿pero cómo podremos llegar hasta allí? Está lejos y no conocemos el camino.*

El discípulo no supo contestarle pero no se dio por vencido. Empezó a pensar en cómo realizar ese viaje tan complicado.

Una noche, mientras Ming Li pensaba sentado debajo de una morera, oyó una vocecilla que le decía:

- *¿Qué te pasa, muchacho? ¿en qué estás pensando?*

El joven se levantó asustado y vio entre las hojas a un gusano blanco, que brillaba como una estrella en la oscuridad. Ming Li le contó su deseo de acompañar al maestro a Occidente y el gusano le contestó:

- *Yo te puedo ayudar.*

Al instante, en su mano apareció un bastón con un mango de porcelana. Ante el asombro del muchacho, el gusano le explicó:

- *En realidad soy el hada de la seda y he bajado a la Tierra para saborear un poco las hojas de la morera. El bastón que te he dado contiene 9.090 kilómetros de cinta de seda enrollada, que te ayudará a construir la ruta hacia Occidente.*

Lleno de alegría, Ming Li dio las gracias al hada de la seda y, emocionado, se fue corriendo a avisar al maestro **Confucio**.

Al iniciar el viaje comprobaron la auténtica magia de este regalo: en el mismo momento en que el alumno levantó el bastón, la cinta de seda empezó a desplegarse bajo sus pies en dirección hacia Occidente. Cuando **Confucio** y Ming Li se montaron en ella, la seda empezó a moverse llevándoles hacia delante y dejando atrás la ruta hecha. De este modo, la seda les abrió el camino: subieron montañas, recorrieron la Gran Muralla, cruzaron ríos y atravesaron desiertos. Cuanto más lejos viajaban el maestro y su discípulo, más delgado se volvía el bastón indicando que su destino final estaba cerca.

Los dos viajeros llegaron a una bella ciudad e intuyeron que habían llegado a su destino porque apenas quedaba un poco de cinta de seda en el bastón. Al saber que venían de tan lejos, unos niños les obsequiaron con unos dulces de mazapán típicos, porque en ese lugar estaban celebrando una fiesta muy importante. De repente, el bastón mágico con la cinta restante se convirtió en un pañuelo de seda y el mango en una preciosa figura de porcelana que **Confucio** regaló a los niños. Cuando el gran maestro les preguntó cómo se llamaba esta ciudad tan hospitalaria, los niños respondieron con una sola voz: ¡Valencia!